

### TERCERA PARTE.

En aquel momento para siempre memorable, en que la Virgen María, estando en la casa de Isabel, recurre á la humildad y se apoya en el brazo fuerte de Dios para desahogar el sentimiento de su incomparable gloria, viéndose pasar de siglo en siglo con todos los honores del mas bello triunfo, recibiendo los homenajes de todas las épocas y el tributo de admiracion de toda la posteridad, ella misma, católicos, nos da la primera leccion acerca de su grandeza, fijándonos: en primer lugar, en su fundamento; en segundo lugar, en su carácter, y por último, en su extension. ¿Cuál es el fundamento de las glorias de María? su incomparable humildad, y por esto ella misma traduce las dispensaciones que Dios la hizo, con estas palabras, que asocian á un sentimiento profundamente moral una forma primorosamente poética: "Miró la bajeza de su esclava." virtud reparadora, que devuelve á la naturaleza humana cuanto habia perdido por la soberbia, segun la observacion de San Agustín: virtud atractiva, que aprisiona desde lo mas bajo las excelsas miradas del Altísimo, como lo asienta el Profeta: virtud infinita en cierto modo, pues ha bastado á producir un Hombre-Dios, y es el tesoro, la raiz y el fundamento de todas las otras, y tan agradable al Señor bajo todos aspectos, que sin ella no hubiera escogido tal Madre. ¿Cuál es el carácter de esta gloria? el venir inmediatamente de Dios, como una dispensacion de su poder: *fecit mihi magna qui potens est.* ¿Cuál es finalmente su extension? la que representa, católicos, esa no interrumpida voz de todas las generaciones: porque estas generaciones que predicán la grandeza y multiplican sin cesar las alabanzas de María, deben ser considerados como la luz de Dios en todas las inteligencias y el eco de su palabra en el idioma de toda la humanidad. Esta voz de las generaciones es la voz de la Iglesia católica en todos los siglos, de esta maestra de la verdad, regla de la virtud y jardín de la santidad; es el himno concertado que entonan acá en la tierra todas las voces inspiradas y dirigidas por el cielo. ¿Quién recorrería nunca, decidme, todas esas grandezas, todas esas prerogativas, todo ese maravilloso conjunto que abrazan las glorias de María? Mas para decir algo que conduzca por lo ménos á dirigir vuestro pensamiento en la contemplacion de una grandeza y una

gloria que llenan los cielos y la tierra, voi á manifestaros aquí cómo una y otra se ostentan dignamente con el mas vivo esplendor, ya en las páginas del Antiguo Testamento, ya en la narracion de los evangelistas, ya por último, en la conducta de toda la Iglesia.

Abrid, católicos, ese libro el mas antiguo de todos los libros; ese libro por excelencia donde está escrita la historia del Universo y del hombre, donde aparece Dios dejando caer una palabra sobre la nada para que todo exista, los cielos y la tierra, los ángeles y el hombre; ese libro donde veis la esplendente luz de la naturaleza pura y el eclipse inmenso que sufrió en consecuencia del pecado. ¿Veis á esos profetas, que sucediéndose unos á otros, trasmiten á la posteridad los anuncios del Mesías? ¿Veis á ese pueblo escogido en la predileccion de Dios para que al través del oceano de los siglos conserve incólumes la revelacion, las promesas, la lei, la historia y cuanto se refiere al Descenso de las naciones? ¿Veis esa legislacion mosaica, esa religion judía, esa pompa ceremonial, esos grandes y diversos objetos que admiramos en todas las instituciones de Israel? Pues tened por cierto que, si en esto aparece, como el centro, el objeto y término de todo, el Verbo encarnado con la mision de salud que habia de traerle á la tierra; por lei de consecuencia figura tambien donde quiera, despues de él, aquella privilegiada criatura de cuya sangre immaculada saldria su humanidad santísima. María se dibuja en todos los horizontes del pueblo escogido; María está comprendida en todas las enunciaciones proféticas; María está figurada en las personalidades mas ilustres de su sexo, representada en muchos objetos que aparecen como el emblema de su divina maternidad.

Apénas ha pronunciado el Señor la sentencia terrible que castiga el pecado de Adán y Eva y su posteridad, cuando descarga sobre la serpiente un anatema que la humilla y confunde, arrebátandole su presa con la prediccion de un triunfo que promete á la magnífica reparadora de la humanidad caída. Aquellas enemistades que ha de poner entre ella y la muger, representan á María descargando el golpe de su poder sobre el demonio: aquella heroína sin par, que levantándose sobre todas las ruinas de la culpa, oprimirá y quebrantará soberanamente la cabeza orgullosa del dragon, es María que, reconocida y aclamada como Madre de Dios, triunfará con su maternidad divina del enemigo de los hombres, y será para siempre un irresistible poder contra el pecado y sus agentes; aquel Paraíso cultivado por la mano del mismo Dios para su propio recreo, de que nos habla el Eclesiástico, es María, preparada en la predileccion eterna, favorecida con todas las gracias, adornada con todas las vir-

tudes, que vive en la mente y amor del Altísimo antes con mucho que comenzaran los siglos: aquella Arca que en el primer cataclismo del mundo recoge á la familia de Noe, la sostiene durante la inundacion universal, hasta colocarla sobre la superficie de una tierra rejuvenecida para que se multiplique y propague, es María que, destinada para que en su vientre encarnase el Verbo de Dios, trajo consigo ilesas é íntegras las esperanzas de toda la humanidad, las salvó de la última ruina, que sin el misterio de misericordia que habia de obrarse en ella, hubiera sido inevitable: es María que, de tal suerte redujo las condiciones de vida y felicidad á su destino, que como sucedió en el Diluvio, no se salvaron ni tampoco se han de salvar sino los que en ella misma se recojan; pues en ella está Jesucristo, y en la fe de Jesucristo, en sus merecimientos y sus gracias las condiciones esenciales de vida y salvacion. Aquella Esposa del misterio, adornada con las mas encantadoras gracias, aplaudida con todos los elogios, anhelada con todos los deseos, regalada con todas las caricias del amor, pintada con todos los primores y galas magníficas de la mas rica poesia en el bello y sublime Libro de los Cantares, es María, justamente admirada en sus atractivos y felicidad por todas las hijas de Sion, justamente exaltada en las alabanzas de las reinas, justamente vista por la inmensa superioridad de su hermosura y de su virtud sobre cuanto habia de mas hermoso, como una vírgen que se levanta del desierto y exhala de todas y por todas partes deliciosos aromas. Aquella tierra nueva, que solo esperaba el fecundo rocío de los cielos, para que de ella brotase el Salvador del mundo, segun se explica Isafas, es la escogida para Madre del Justo, la prevenida con todas las gracias, preparada con todas las bendiciones, que solo espera ya la venida del Espíritu increado para fecundarse con su virtud y dar á luz al Hombre-Dios. Aquella princesa enriquecida con los presentes de las hijas de Tiro, y cuya proteccion invocan los grandes de la tierra, segun la figura profética del Poeta-Rei, es la Vírgen Madre, bendita entre todas las mugeres, mediadora entre Dios y los hombres. Aquella Ruth, á quien Booz decia: "Todo el pueblo sabe que sois una mujer llena de virtudes;" aquella Jerusalem, que Tobias nos pinta brillando con una espléndida luz, adorada por todos los hombres desde los confines de la tierra, visitada por naciones en masa venidas á ella de mui léjos, enriquecida con sus dones, vista como el tabernáculo que porta al Rey de los reyes, honrada como una tierra de santidad, y que habia de regocijarse contemplando á sus hijos, benditos todos y congregados en el Señor, son figuras magníficas de la Vírgen Madre.

¿No veis, católicos, en el carácter histórico de María resplande-

cer con luz mui superior todos los rasgos que decoraban á las heroínas ilustres del pueblo escogido? ¿No veis en ella felizmente realizado el bello ideal de la mujer fuerte, perfecta y poderosa que nos pinta en sus parábolas el mas sabio de todos los reyes? ¿No veis que María, incomparablemente mas esforzada que aquella Débora, rinde y avasalla, desde que asoma su frente y levanta su brazo, á todos los enemigos de la Iglesia católica? ¿No veis cuánto sobrepaja lo profetizado á la profecía cuando en Bethsabé sentada en un trono á la diestra de Salomon, contemplamos á María reconocida por Reina en los cielos y en la tierra, y colocada bajo el Solio á la diestra de su Hijo? Cuando escucháis á Judith prometiéndose todo de la fuerza de Dios al prepararse para destruir á Holoférnes, y refiriéndolo todo á su gloria en el acto de ostentar la cabeza del tirano como el signo de un triunfo que ha de salvar á su pueblo, y cuando la oís explicar un acontecimiento que habia encadenado la admiracion y excitado el entusiasmo de todos, diciendo que ella solo es una mujer á quien Dios escogió por instrumento de su poder para derribar al enemigo; ¿no recordáis, decidme, las bellas palabras de la Vírgen de Nazareth, que regalaron el oido de la madre del Bautista, cuando cantaba el triunfo de los triunfos, la victoria por excelencia, como la obra del poder divino, y aparecia ella como la esclava del Señor? Cuando detenéis vuestras miradas en aquella hermosísima Esther cautivando con sus atractivos á un Assuero, dominando su cólera, deteniendo su brazo y apareciendo como la única excepcion, otorgada por el amor á su merecimiento, de aquel decreto de exterminio; ¿no las apartáis inmediatamente de este cuadro, para ponerlas en la Esther de la Nueva Alianza, que encuentra gracia en la predileccion del Señor desde la eternidad, que viene al sér inmune y libre del contagio de origen, que aplaca con sus ruegos la cólera de Dios, que con el fruto de su vientre desarma su brazo, y porta en sus entrañas al que clavaría en la Cruz la escritura de muerte que esclavizaba á la humanidad entera?

Ved pues, católicos, con cuánta magnificencia figura esta Reina en esas páginas para siempre gloriosas de la lei antigua: ved cómo allí aparece con su Hijo mediadora entre Dios y los hombres; restauradora de la naturaleza caída; corredentora en cierto modo del género humano; olivo que anuncia el jugo de todas las virtudes, la union de la santidad, la paz y la misericordia, el triunfo sobre todos los enemigos, el contento del alma, la esperanza del corazón, la pureza, la fuerza y la sabiduría; ciprés que simboliza la rectitud; palma que ostenta la victoria; árbol que cubre y refresca con su sombra; rosa que embalsama los campos; cinamomo que atrae con

los buenos ejemplos de la virtud; luz purísima que se desprende del Sol increado hácia la tierra; centro que une á Dios con el hombre, que porta la soberana grandeza y el último fin de todas las criaturas; socia constante del Mesías en la grande obra de reparacion y salud que le trajo á la tierra.

Vengamos ahora, empero, á presenciar los tributos rendidos por los evangelistas y apóstoles á las grandezas y glorias de esta soberana Reina: repasemos con una nueva luz esos oráculos que ántes nos habian parecido tan silenciosos, y quedarémos admirados al ver cómo la gloriosa carrera de Jesucristo Señor nuestro refleja toda su luz sobre la imágen augusta de María, incorporándola de lleno en la narracion sostenida de aquellos santos historiadores.

Cuando en ese libro no hubiese otro pasaje que el de la Anunciacion, otro cuadro que el de un Embajador celestial cerca de la Virgen de Nazareth, otro testimonio que el de Gabriel sobre los altos privilegios, gracias únicas y rango divino de esta criatura, no se necesitaria de otra cosa para poseer la historia de la mayor elevacion, de las mas excelentes prerogativas y altos merecimientos, del influjo mas poderoso que la sola humanidad pudiera desarrollar sobre todos los destinos del mundo. ¡No es allí, donde se celebra entre el Criador y la criatura el gran tratado de la Encarnacion del Verbo, el matrimonio celestial que asocia para siempre á la humanidad con la Divinidad, y con solo esto la dignifica tanto cuanto era preciso para que dé al Señor un culto correspondiente á su santidad infinita! ¿Creéis que, despues de la accion directa de la divinidad sobre la nada, de la vida y acciones del Unigénito del Padre revestido de nuestra naturaleza, existe ni puede existir jamas cosa comparable con lo que aquí se relata, soberanía mayor, rango mas excelso, poder mas irresistible que el de María? Cuando contemplo, católicos, lo que pasa en aquel albergue humilde; cuando escucho aquellas palabras recíprocas del Arcángel y su Reina; cuando recibo de lleno la luz que de aquí se desprende, y con ella comprendo esa historia profética envuelta en misteriosas sombras, ese porvenir lleno de tinieblas y repentinamente manifiesto al alma con el esplendor de tal misterio; mi espíritu arrobado con tanta magnificencia, sacude como el polvo todos los objetos que los siglos traen aglomerados en su curso para fecundar la memoria y excitar la admiracion.

Ved el anuncio genealógico de María en el relato de los evangelistas. ¡Qué objeto tan humilde! Sujeta esta Virgen á la lei de las genealogías de su pueblo, no está directamente ligada en esta cadena de las generaciones: citanse todos los patriarcas; pero ella no

aparece, digámoslo así, mas que al arrimo de su esposo: óyese el nombre de éste, y en seguida el suyo como su consorte. Pero deteneos un tanto; fijad la atencion en la palabra que sigue; recorred la cadena con la luz refleja que esta última palabra despide, y el cuadro cambiará del todo á vuestra vista. Esta palabra sola, que viene despues de la que expresa su nombre; esta enunciacion, sencilla sobre todo encarecimiento, *María, de la cual nació Jesus*, trasforma de tal suerte la galería genealógica, que despues de Jesucristo, su Madre viene á ser el todo. Ella es el gran término de toda la generacion del Mesías, derrama un esplendor indeficiente sobre la historia del pueblo escogido, y allí mismo aparece como la Reina de los patriarcas, la Reina de los profetas, la que, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, pasea el cetro de su poder por sobre los cielos y la tierra.

Pero no es esto bastante: para ser Madre de Dios se derogan las leyes á que está sujeta la generacion humana: lo es por obra y virtud del Espíritu increado, lo es á salvo de su intacta virginidad; es Madre sin dejar de ser vírgen; es vírgen y al mismo tiempo es Madre: su enlace se obra con el mismo Dios; sus relaciones la encumbran hasta el trono en que reside: es su Hija, es su Esposa, y por este doble vínculo es tambien su Madre. ¡Oh generacion misteriosa! ¡oh rango divino! ¡oh gloria incomparable! ¡oh ventura sobre todas las dichas! Reunid en un punto, católicos, todas las grandezas que se han venido deslizando por la corriente de los siglos, todos los caracteres eminentes que encarece la elocuencia, todos los sucesos mas ilustres que narra la historia, cuanto despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre aparece mas preciado en los cielos y en la tierra; y todo se perderá como un punto á vuestra vista, extasiada en la contemplacion de la Virgen Madre.

¡Qué os diré de los otros pasos de su vida referidos por los evangelistas! Donde quiera encontraremos admirablemente asociados el dolor y la dicha, la humillacion y la gloria. Si el pesebre donde da á luz á su amado Hijo es un espectáculo que destroza nuestro corazon, que penetra de dolor y humilla profundamente á la Esposa de José; los coros angélicos que del cielo bajan para celebrar el nacimiento de aquel Niño exceden tanto en magnificencia á todas las humillaciones, que no hai término alguno de comparacion. Si la ceremonia de la Circuncision opaca tanto al Hijo como contrista á la Madre; los Magos que se acercan á Jesus para adorarle, y que le ofrecen el triple homenaje que por derecho corresponde á su Divinidad, á su Magestad régia y á su Humanidad atribulada; estos personajes que profetizan y representan el movimiento de toda la gentilidad hácia la Cruz para adorarla despues de convertirse, y

la prodigiosa fecundidad de la Iglesia formada por aquel Niño, y sostenida bajo la proteccion de aquella Madre, la llenan de consuelo en todas sus penas y manifiestan su grandeza en medio de tantas humillaciones. Si huyendo á Egipto con su Esposo, pobre y desvalida, presenta un espectáculo verdaderamente lastimoso; al emprender este viaje con tal motivo, llevando á un Dios en sus brazos, deja traslucir por entre los velos tenebrosos de aquella situacion los rasgos de su grandeza. Si atenta siempre á los designios del Señor, se sujeta á la lei de la Purificacion, como ya os he dicho, allí escucha el canto del Profeta, allí es testigo del rendido vasallaje que se ofrece por el viejo Simeon al Dios Eterno de quien es Madre. Si acompaña constantemente á su Hijo en la dolorosísima carrera de su Pasion hasta verle morir; allí presencia el sublime duelo de la naturaleza consternada, allí recibe las primicias de la gracia que portó en su vientre, con el espectáculo de tantas conversiones maravillosas y los muertos mismos que salen del sepulcro. Si una mortal desolacion la acompaña, cuando sepultado ya su Divino Hijo, queda sola en la tierra; su corazon palpita de regocijo al verle resuscitar lleno de gloria, triunfante de todos sus enemigos. Si paga un tributo de pena á la naturaleza, cuando viéndole subir al cielo, contempla su soledad en la tierra; no puede ménos que reconocer allí mismo su propio triunfo, y en aquella subida misteriosa la señal mas clara de que al cabo de algun tiempo subirá tambien ella, se juntará con su Hijo querido para no separarse jamas.

Hé aquí, hermanos míos, algo de lo mucho que pudiera deciros sobre las glorias de esta Reina, sin salir de los evangelios: hé aquí toda la luz póstuma que esta divina crónica despide para mostrar en toda su gloria á la Madre de Dios. Y qué! ¿aun ese cuarto de siglo que despues de la muerte de Jesucristo permaneció en la tierra, ese periodo de su vida sobre el cual han guardado un silencio tan profundo los primeros historiadores del cristianismo, que nada nos han trasmitido acerca de María, ¿será por ventura, decidme, un periodo estéril para su gloria? No, por cierto, católicos. Sin duda alguna que ese tranquilo y silencioso curso, sobre el cual se apiñan tantas tinieblas, es una de las mas bellas páginas de tan preciosa vida; ese misterio encierra muchas luces, y no necesitamos de otra cosa, para reconocer toda su fecundidad, que de convertir nuestros ojos á la Iglesia. ¡Qué grato es para mí el considerar á María presidiendo á la grande obra del establecimiento del cristianismo, difundiendo sus primeras gracias sobre los evangelizadores del mundo, guiando con su consejo y sosteniendo con su poder la marcha del apostolado, mostrándose Reina de los apóstoles en su misma

conducta, y estando en el mundo atenta y pendiente de todo cuando empezaron á correr los siglos de oro del cristianismo. Porque, decidme, católicos: ¡aquellos discípulos de Jesus, cuyo amor quedó tan acrisolado desde que vino sobre ellos el Espíritu Santo, ¿no verian á su Divino Maestro en la persona de María? ¿no estarian pendientes de ella como sus mas tiernos hijos? ¿no se colocarian dóciles bajo sus felices inspiraciones? Y supuesto que así fué, ¡aquel silencio no es el mas elocuente? ¡aquellas tinieblas no despiden la mas copiosa luz? ¡aquella desapercibida carrera no fué prodigiosamente fecunda? Responda por nosotros la Iglesia católica, que no separa nunca de las glorias del Hijo las glorias de la Madre.

¡Con qué celo ha defendido en todos tiempos las altas prerogativas de María! ¡Con cuánta magnificencia y esplendor ha celebrado sus cultos! ¡Con qué puntualidad la sigue con su amor y su ternura por todos los pasos de su vida! Desde su Concepcion inmaculada hasta su Asuncion gloriosa no hai en ella paso alguno especial que no enseñe á los fieles con la viva pompa de las festividades que celebra. Los destinos de María, sus privilegios singulares, sus grandezas todas, han fecundado el genio de la ciencia teológica y de la elocuencia sagrada; inspirado el número de la poesía y enriquecido las bellas artes.

Si desdeñando yo, hermanos míos, el meticuloso contacto de la crítica cuando se trata de ciertos hechos, quisiera explotar para mi asunto el rico minero de las antiguas tradiciones que han fecundado el genio de la historia, para referiros la edificante y bella del culto de la Virgen Madre, recordaria los monumentos erigidos por los apóstoles á su culto: por San Pedro en una de las ciudades de la antigua Fenicia; por San Juan en la hermosa iglesia de Sida; por San Bernabé en la primera Basílica de Milán: recorreria con vosotros la Siria, la Mesopotamia, la Asia menor, el Egipto, y la España, señalándoos en cada una de estas regiones los monumentos ilustres de su devocion y amor á la Madre del Mesías. Pero dejando aparte aquel mundo subterráneo, aquel culto de los desiertos; aquella trabajosa carrera que tropezaba constantemente con el odio, la persecucion y la sangre, para no hablar sino solo de lo que aparece á toda luz al terminar los siglos de tan terrible prueba, yo veo á la Madre de Dios ostentarse con toda su grandeza en medio de la mayor publicidad á la faz del Universo, desde que el imperio, rendido á la Cruz, á quien en vano habia perseguido con tanto furor en el dilatado curso de tres siglos, abraza la religion predicada por los pescadores de Galilea y los mártires de Jesucristo.

Apénas la Iglesia sale de las catacumbas cuando empieza á cum-

plir uno de los designios de Dios acerca de la Santísima Virgen explicando perfectamente el misterio de sus humillaciones, y á mostrar la grandeza de su destino, el esplendor de sus virtudes, el rango de su gloria. Habla, y una luz clarísima se difunde por las Sagradas Letras, luz de que ellas no necesitaban porque son la luz misma, pero de la cual habian menester los fieles, pendientes de tan autorizada voz para penetrar su sentido. El Nombre de la Virgen María es el de una nueva ciencia: las verdades referentes á su eterna predileccion, á su destino, á sus títulos, á sus virtudes, entran en el gran registro de los dogmas católicos: los fastos del pueblo de Dios, como los del mundo todo, se manifiestan refiriendo á la par con los anuncios del Hijo las predicciones de la Madre. Los bellos rasgos de la sabiduría, no ménos que los misteriosos oráculos de los profetas y las representaciones prenunciativas del pueblo precursor, aparecen á la luz que la Iglesia despide, consagrando con su testimonio las grandezas de esta Virgen. Sobre el texto de la Biblia los ilustres Doctores, primeros maestros de la cristiandad, intérpretes inspirados de los Sagrados Libros, dejan correr su pensamiento á par con su corazon para estudiar á María, demostrar sus privilegios y ponderar su gloria. El Nombre de María es aclamado con todo el entusiasmo del amor donde quiera que hai fieles adoradores de la Cruz. Desde que desaparece de la tierra, todos honran su memoria, repiten sus alabanzas, buscan su proteccion, consagran mil tributos de reconocimiento á sus innumerables beneficios.

La reciente Declaracion pontificia sobre que es un dogma de la fe católica que María fué concebida sin mancha de pecado original; este acontecimiento perdurablemente célebre en los fastos de la religion, que coronó la esperanza de muchos siglos, que llenará de gloria la época en que nos ha tocado vivir, y hará para siempre inmortal el Augusto Nombre de Pio IX, estaba prevenida en la creencia espontánea de la cristiandad, que ha celebrado con magnífica pompa desde tiempos mui antiguos la Concepcion inmaculada de María. Su nacimiento es y ha sido siempre saludado como el crepúsculo del esplendente dia del Evangelio, como el Oriente de aquella luz que no tuvo principio, que rompió los impenetrables velos de las tinieblas que cobijaban la tierra, que sacó del caos al espíritu humano en los tiempos de plenitud. Su silenciosa y recogida vida es un misterioso libro que abren la sabiduría y el celo para sostener las virtudes tranquilas que se deslizan por la corriente sin ser apercibidas del mundo. El misterio de su Anunciacion figura en la serie de nuestras festividades religiosas como el aniversario de aquel dia en que, mediante la union de Dios con la humanidad, quedó esta perdonada,

engrandecida y glorificada. En el establo de Bethlehem felicitan los ángeles á María cuando cantan la gloria del Señor; y á tiempo de adorar al Dios Niño, la ofrecen sus tiernos tributos los sencillos habitantes de los campos. Su Purificacion, que para el pueblo ciego y descreido fué la señal de una madre como las otras; en el idioma de la Iglesia es el monumento ilustre donde se asientan con magestad la humildad y el celo por la lei, para fecundar las virtudes que ella prevendria con la distribucion de las gracias de su Hijo, y sostendria con el poder de sus ejemplos. El Calvario, resúmen de todos los misterios, término de todos los acontecimientos preparados por los muchos que llenan el curso de cuarenta centurias; esa montaña, teatro en que se empeñó, tocó á su término y tuvo su desenlace triste y glorioso al mismo tiempo el drama infinito de la Redencion del hombre, expuesto á la contemplacion del mundo católico en el culto que le rinde la Iglesia, convierte sus miradas reflejas á María, y previene los homenajes solemnes ofrecidos en toda la tierra y en todos los siglos á sus dolores, á su horfandad, á su desamparo, á su soledad incomparable.

¿Y qué os diré, católicos, del gran misterio que celebramos hoy, de este último suceso que termina la historia imponderablemente ilustre de María? Su Asuncion triunfante á los cielos, sin entrar en el número de los dogmas, es y ha sido universalmente profesada por la creencia de los fieles desde el principio de la Iglesia, demostrada perfectamente por la dialéctica irresistible de sus apologistas, encarecida y alabada por la sublime elocuencia de los Padres. El grande Agustino, incapaz de creer que el cuerpo de la escogida Virgen hubiese quedado sometido en el sepulcro á las humillantes condiciones de los otros cuerpos, no se siente con fuerzas para pensarlo, y se estremece de solo decirlo. Abandona, pues, tan ingrata suposicion, para establecer, como un hecho de consecuencia en la integridad purísima de María durante su vida, la incorruptibilidad y gloria de su cuerpo despues de su muerte, y proclamar la solemnidad que consagra su Asuncion en el culto de los fieles, como la mas excelente de cuantas la Iglesia le tenia consagradas. "Este dia es uno de los mas célebres del año, dice San Pedro Damiano, por haber sido elevada en él hasta el Trono de Dios aquella inmaculada Reina. San Bernardo establece que la Asuncion de la Santa Virgen es tan inefable como la generacion de Jesucristo; y por esto los Padres, arrebatados de admiracion á la vista de tanta grandeza, discurren sobre este misterio de una manera sublime, considerando y con razon tan reducida la inteligencia humana para concebirle, como insuficiente al elocuencia para encarecer la incomparable gloria de tal triunfo.

¡Qué terribles combates no ha tenido que sostener la Iglesia de Dios, hermanos míos, en defensa de su augusta Madre! ¡Con qué ardiente celo y admirable presteza no se ha lanzado sobre todos los errores á fin de hacerlos morir en su cuna! ¡Qué de obras inmortales no deben al conflicto de esta gloriosa lucha la elocuencia y el genio de los mas insignes apologistas! ¡Os pintaré al impío Nestorio, que á mediados del siglo V se atrevió á combatir la Divina Maternidad, derribado ignominiosamente á los piés de la Iglesia por el triple golpe de la sabiduría, de la elocuencia y del poder dogmático! ¡Manifestaré cómo la odiosa herejía sirvió con su exterminio para realzar la magnífica gloria del rango de la Virgen Madre! ¡Ponderaré con vosotros aquel júbilo que se derramó como el fuego eléctrico por todos los corazones al resonar en el Concilio de Eféso el anatema contra el heresiarca! ¡Encareceré á los ojos de vuestra piedad el monumento de este triunfo representado en esa oracion que todo el mundo católico repite diariamente millones de veces quince siglos há en alabanza de Maria, cuando implora su proteccion con el título ecuménico de *Madre de Dios*? ¡Os hablaré de todos los demas triunfos que atesora en sus páginas la historia como la crónica de las inmortales glorias de esta Reina, de aquel celo, sabiduría y elocuencia con que sus otras excelencias, principalmente su Inmaculada Concepcion y su perpetua virginidad fueron defendidas! ¡Recordaré tantas manifestaciones milagrosas de Maria en favor de sus nobles atletas! ¡á aquel Ildefonso, defensor esclarecido de su pureza, honrado y obsequiado juntamente por esta Reina con su visita personal y el precioso don de un ornamento sagrado, y tantos otros favorecidos! No es posible. Seria necesario traspasar con mucho los naturales términos de una oracion como esta.

¡Cómo se dilata mi espíritu, cuando sobre un tan espléndido culto con que honra la Iglesia toda la vida de Maria, la gloriosa carrera de sus triunfos, contemplo el movimiento constante de la piedad católica, movida por beneficios de tan magnífica Madre! Abrid, católicos, los fastos de la historia: recorred los anales de la gratitud: inquirid el *porqué* de tantas festividades pomposas con que los fieles reconocidos perpetúan la memoria de tantos favores como reciben de Maria; y quedaréis penetrados de la mas profunda admiracion. ¿Dónde no encontráis la bella imagen de esta divina Reina, monumentos de su poder en favor de todos los hombres, y recuerdos de las gracias que se ha complacido en prodigarles? Los reyes y los héroes han dibujado su imagen en los pendones de la guerra, y esta bandera los ha conducedo á la victoria. El hambre, la peste y tantas plagas como han afligido á la humanidad, conjuradas y extin-

guidas por tan tierna Madre, han dado nuevos testimonios á su poder. ¿Dónde iréis, hermanos míos, que no encontréis un monumento erigido por el amor y la piedad á sus grandezas? Desde la Capital hasta el último pueblo del orbe católico, halláis templos, altares, imágenes de Maria: donde quiera la encontraréis con nuevos apellidos, con esos renombres ilustres que el reconocimiento filial de los católicos le ha puesto para perpetuar el recuerdo de sus beneficios. Aquí es Maria de Guadalupe, de los Remedios, de los Angeles, de la Salud; allá es Maria del Pilar de Zaragoza, de Covadonga, de Monserrate; acullá es Maria de las Victorias, del Rosario, de las Nieves; y donde quiera es Maria, que siendo una sola, una misma, parece reproducirse y multiplicarse con sus beneficios tanto como los pueblos, como las inspiraciones de la piedad, como los sentimientos del corazon.

Las mismas artes, católicos, ¿qué no han hecho, inspiradas por la piedad, para celebrar á su turno las grandezas y las glorias de la Virgen Madre? ¡Cuántos pensamientos elevados! ¡qué admirables designios! ¡qué felices creaciones! ¡qué triunfos tan espléndidos no deben al tierno culto de esta Reina? Desde aquel momento en que la Iglesia anunció con la magestad del triunfo el advenimiento de su libertad, el genio de las artes, rivalizando con el de las ciencias y dominado á la par con éste de la admiracion y el amor, se apresuró á consagrarle la flor de sus concepciones, lo mas exquisito de sus pensamientos: á su tránsito por los siglos ha dejado impresa su huella, ha depositado en las naciones monumentos ilustres que arrebatan la admiracion. Desde la gruta de la Natividad, luciendo en su pavimento de mármol y sus lámparas de oro la munificencia del gran Constantino, impulsada por la piedad de su esposa, desde aquel pequeño monumento, al que poco despues recoge dentro de sus muros elevadísimo, como una reliquia monumental, una soberbia Basílica de las mas bellas del Asia, con el nombre de Santa Maria de Nazareth, hasta ese Santuario de Guadalupe, erigido á Maria para consagrar su Nombre como la Reina del Nuevo mundo; ¡qué de templos magníficos! ¡cuántos altares primorosamente bellos no ha legado á la admiracion la arquitectura en todos los siglos y en todos los paises! Recordad lo que nos cuentan los viajeros de diferentes épocas, que han visitado los museos mas célebres del mundo, para desahogar y transmitir la admiracion consiguiente al carácter de esas producciones insignes que en hermosísimas estatuas y soberbios cuadros han puesto á la vista de la posteridad la vida, las virtudes y la munificencia de la Madre del Redentor. ¡Galerías triplemente admirables, por el dominio de la fe sobre el arte, por la accion del

arte sobre la piedad pública, y por la inimitable perfeccion de sus obras maestras! ¡Ah! ninguna de las bellas artes ha querido parecer inferior á las otras en sus obsequios á este prodigio de hermosura y grandeza! Desde el principio del cristianismo las gracias de María, su ternura, su magnífica prodigalidad para favorecer á los hombres, ha pulsado, digámoslo así, todas las cuerdas de la lira, ha difundido el embeleso de las mas encantadoras armonías, ha fecundado sin cesar el númen de los poetas: ¡Todo el Universo aparece engalanado por el arte; todo resuena con los ecos de la alabanza; todo encanta con las glorias de María!

¡Qué mas os diré, católicos! ¡que eleccion haré, para dar término á mi humilde elogio, entre esa infinita muchedumbre de gracias, virtudes, merecimientos, grandezas y glorias que en sí contiene y encierra la vida de la Virgen-Madre? Prevenida con todas las gracias, entre las cuales resplandecen aquellas que á ninguna criatura se habian otorgado ni se concederán jamas, como su predestinacion eterna para ser Madre de Dios, su Concepcion immaculada, su exencion de todo defecto, y la honra de ser distinguida con la presencia de un arcángel que se acerca á ella como Embajador del mismo Dios, y le anuncia de su parte su rango divino: adornada con virtudes inimitablemente heroicas, admirablemente fecundas en merecimientos: recompensada con su elevacion á la categoría de Reina de los cielos y la tierra: obra maestra de toda la sabiduría y de todo el poder de un Dios, objeto digno de sus complacencias eternas, Madre del Verbo humanado, Hija predilecta del Padre celestial, Esposa del Espíritu increado, Socia de Cristo en la dolorosa mision de salud que cumplió en la tierra, Virgen de las vírgenes, pues no dejó de serlo nunca sin embargo de su Divina Maternidad: tesoro inagotable de todas las gracias que distribuye sin cesar entre los hombres como hijos atribulados á quienes adoptó al pié de la Cruz: Soberana que tiene á sus piés todas las gerarquías del cielo y de la tierra: á los ángeles, que la admiran; á los patriarcas, que la desean; á los profetas, que la predicen; á los apóstoles, que la obedecen; á los mártires, que le piden su fortaleza; á los doctores, á quienes inspira; á los confesores, que la estudian como el modelo y la buscan como el apoyo de la virtud; á las vírgenes, que cultivan bajo su cuidado la delicada flor de la pureza; y generalmente á cuantos militan en la tierra, ó pasan por el crisol de la purificacion, ó gozan ya de la bienaventuranza en el Empíreo: esta criatura perfectísima presenta un conjunto tan imponente y sublime, que ningun entendimiento podrá nunca llegar á comprender, ni lengua criada será capaz de explicar esa inefable primacía de gracia, de virtud y gloria

que ostenta la imágen de tan augusta Reina. Cuando ella se muestra esclava del Señor para prevenir la enunciacion de su ventura; cuando se ve pasar con los siglos en la alabanza de las generaciones; cuando el pensamiento de su propia felicidad la sirve de tema para contar la gloria del Altísimo, la carrera de la esperanza y el triunfo de la misericordia, deja mui atrás á toda la posibilidad humana cuando se trata de comprender y ponderar sus excelencias, sus merecimientos y sus glorias. El uso mas digno de la palabra en este punto, es y será siempre dar gracias á Dios, como lo hizo María, por todos los dones de que quiso llenarla, por la grandeza á que la elevó, y la gloria con que recompensó sus incomparables virtudes y merecimientos.

Que nuestra lengua pues, hermanos míos, desatada por las felices inspiraciones de esta criatura, prorumpa en alabanzas para celebrar la rica magnificencia de Dios en embellecerla, dignificarla y glorificarla, diciendo con la privilegiada Virgen: Mi alma extasiada y agradecida, exalta y glorifica al Señor: se llena de regocijo, considerándole como la salud y la felicidad. *Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* ¡Gloria sin fin á Dios, que se ha dignado levantar sobre la inmensa base de la humildad de María el augusto y noble edificio que atrae con todas las gracias, resplandece con todas las virtudes, arrebatada y subyugada con todas las glorias la admiracion de las generaciones mil que se suceden por todos los siglos! *Quia respexit humilitatem ancilla sua: ecce enim ex hoc beatum me dicent omnes generationes.* Cantemos ese poder augusto y supremo que, despues de haber arrojado en el espacio los mundos, se manifestó con magnificencia todavia mayor en la disposicion, creacion y grandeza de la criatura escogida en su predileccion eterna para ser su Madre: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* ¡Que el sentimiento de la gratitud, correspondiente á la fecundidad infinita de dones y gracias que reparte Dios á la tierra por el órgano de esta criatura, entone sin cesar himnos de reconocimiento á la misericordia infinita con que Dios favorece de generacion en generacion á todos los que le temen! *et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum.* ¡Que los cielos y la tierra se inclinen delante de ese brazo que rinde y avasalla á los ángeles rebeldes y á los hombres descreídos, que pulveriza los tronos para castigar á los príncipes orgullosos, á los potentes soberbios, y levanta de la tierra, engrandeciéndolos y dignificándolos, á los humildes y pequeños! *Fecit potentiam in brachio suo: dispersit superbos mente cordis sui: deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.* ¡Bendicion, claridad y accion de gracias, al Dios Salvador, que poniendo desde su

eternidad sus miradas benignas en María, para que en su vientre purísimo encarnase el Verbo que se había de inmolar á su justicia divina por el pecado, salvó á Israel, dilató los límites del antiguo pueblo tanto como el Universo, borró las denominaciones de judío y de gentil, y abrió sus brazos á todas las naciones, dando así la última plenitud y consumación á sus promesas magníficas, fundamento de la esperanza y precursoras de la felicidad, hechas á Abraham y repetidas á todos los patriarcas en la série de los siglos! *Suscipit Israel puerum suum, recordatus misericordie sue, sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in secula.*

¡Qué dicha la nuestra, católicos, el ser vasallos de esta Reina, hijos de esta Madre! ¡Qué felicidad el contemplarla en los momentos en que la Iglesia la pone á nuestra vista resuscitando por la virtud del Altísimo, dejando la tierra, conducida en triunfo por los ángeles, saludada por todos los habitadores del Empíreo, recibida de su Padre y de su Dios con todas las efusiones del amor! ¡Cuál no debe ser nuestro empeño en obsequiarla en la tierra, multiplicando los homenajes de nuestra piedad á su poder y á su gloria? ¡cuál nuestra solicitud en aprovechar las gracias que nos dispensa, imitando sus virtudes y aspirando á vivir siempre de su espíritu? ¡Ah, hermanos míos! tenéis en María cuanto vuestro corazón es capaz de desear para llegar á la intimidad del Señor. ¡Qué os resta, pues, sino buscar, con toda solicitud y poner en práctica los medios de imitar, cuanto es dado á la naturaleza protegida por la gracia, la conducta de esta Reina de la santidad? Ella por sí nos da toda la luz que franquea los caminos del cielo, nos dispensa toda la protección que sostiene la marcha de la virtud, nos prodiga todos los medios que se requieren para tocar á las cumbres de la felicidad. Imitémosla pues: tengamos hácia ella una devoción verdadera, una devoción fecunda, una devoción constante; y al cabo de nuestra peregrinación en la vida presente, rendirémos la última jornada llevando á la futura un rico depósito que, ameritándonos ante Dios, nos hará vivir en la sociedad amabilísima de tan tierna Madre por los siglos de los siglos.

## SERMON

DE N. SRA.

## DE GUADALUPE.

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA EL 12 DE MARZO DE 1859 EN LA FUNCIÓN QUE ANUALMENTE LE HACE POR SU TURNO LA DIOCESIS DE MICHOACAN.

*Ego Mater pulchra dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctae spei.*

Yo soy la Madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la salud, y de la santa esperanza.

Ecol. cap. XXIV, v. 24.

Si la ciencia humana, católicos, cuando no se inspira de la fe y vaga por sí sola en las vastas regiones de la naturaleza, se esteriliza de ordinario en su acción, al paso que se afana en sus diversas especulaciones; la ciencia divina, la razón católica, conducida siempre por una luz que baja de los cielos, lejos de limitarse á ilustrar, tiende constantemente á dirigir: no satisfecha con el conocimiento de las altas verdades, trasciende al de las reglas prácticas, y obra sin cesar en el hombre con el intento de conducirlo á la posesión de la caridad, que consiste, como bien sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Por esto el Eclesiástico, resumiendo en pocas palabras el carácter y fecundidad esencial de la Sabiduría eterna, la expone á nuestra vista como la madre del bello amor, del temor, de la ciencia, y por último, de la santa esperanza. Hé aquí una escala que nos permite recorrer la genealogía de la felicidad. Parte del amor, se sostiene con el temor, se gobierna con la ciencia práctica y vive siempre de la